

existencia del calendario de Tula; sin embargo creeríase que indica lo contrario Torquemada cuando hablando de los *Tlascaltecas*: dice que las diferencias que se notan entre su calendario y el de México, fueron tomadas de *otros pueblos*; estos *otros pueblos* no pueden ser mas que los Tultecas, de quienes los Tlascaltecas habian tomado toda su civilizacion.

El calendario de los Tultecas no tiene ménos diferencia con el mexicano, en las figuras ó geroglíficos que presiden á cada mes. Os asombraréis de encontrar en él el *Aquarium*, el *Geminis*, el *Virgo* y otros emblemas del nuestro. La luna esta allí pintada bajo la imágen de una pálida figura, tal cual la hemos visto entre los salvages del alto Mississipi, y tal cual se representaba entre los pueblos europeos, ántes de que *Moria* y *Bianchini* viniesen á decirnos que la luna era tambien un mundo.

Si debe creerse á Acosta, el año mexicano comenzaba en Febrero, si debe creerse á Torquemada en Abril. El calendario de los

Tultecas indica el mes de las *Aguas*, como el primer mes del año, el pluvioso de la república francesa; pero es difícil determinar en qué mes comenzaba entónces á llover: actualmente las lluvias no empiezan sino hasta el mes de Mayo.

Parece que los Tultecas y los mexicanos tenian igualmente su jubileo; y este era cada ciento cuarenta años; su siglo que ellos llamaban *Cehuehuetiliztli* palabra que significa *vejez* que indicaria entre los mexicanos una grande longevidad.

Quetzalcohuatl fué, segun se dice, el inventor de los calendarios en México. Este sabio era un gran sacerdote de los Tultecas: nuevo indicio de que el calendario de Tula es el origen de todos los demas. Se le ve allí venerado en el mes de la serpiente como aquel *Hombre Dios* que se creia hijo de una muger y de una serpiente, que habitaban la montaña de *Coatepec* ó de la *serpiente* cerca de Tula. Tiene consagrada una fiesta en cada mes del calendario: era muy natural que no se olvidase de sí mismo en su

obra, y á la verdad que merece figurar en ella bajo el emblema de la *sabiduría*. Sus descendientes formaron una casta sacerdotal privilegiada; tambien es muy natural. Los descendientes de Aaron, de Brahma &c. hicieron otro tanto.

Los historiadores españoles dicen, que este Quetzalcohuatl fué quien profetizó primero su llegada por medio de una túnica *salpicada de cruces que llevaba constantemente despues de cierta vision que tuvo*. Si se quitasen de sus libros las páginas que consagra-ron á los profetas, á los juglares, á los dioses y á los diablos mexicanos, casi nada quedaria para la historia.

De este cáos de absurdos, de supersticiones, de fábulas, é imposturas, he procurado sacar alguna luz sobre el antiguo México, y sin mi guía ciertamente que no habria yo podido desembrollar tantas tinieblas. Si encontráis en mi relacion, alguna cosa de intereses á él debéis estarle agradecida; pero no tengáis lo que os he dicho, como sacado del Evangelio.

Esta carta sin duda se ha hecho eterna como la precedente; sin embargo, no puedo concluir la aquí: tengo un hallazgo que manifestaros y que es á mi entender, el mas interesante de cuantos habéis visto hasta ahora. La parte material solamente os ofrecerá una cosa bien rara; la parte científica puede ocupar sériamente á los sabios, y conducirlos hasta el origen de aquellos pueblos, tan discutido y siempre turbio y nebuloso. Las almas generosas, siempre sensibles á lo que de alguna manera se refiere á la regeneracion de los pueblos, se interesarán por otra parte á este monumento, porque él recuerda á uno de aquellos hombres que como *los Las Casas*, se distinguieron por sus sentimientos verdaderamente cristianos, de las torpezas que de allende los mares vinieron á desolar á estas desdichadas comarcas: mírase en él un hermoso resto de la pluma del ilustre y filántropo fraile BERNARDINO DE SAHAGUN. Se han destruido ú ocultado las preciosas obras de este hombre, tan dignas de la mas bella celebridad, porque sus sent-

timientos mas bien sirvieron al Evangelio y á la humanidad, que á la política y á la avaricia de los españoles. Este hallazgo coronará mis pequeñas fatigas mexicanas.

No sabré deciros hasta qué punto se consuela mi corazón, cuando en medio de los recuerdos de los errores europeos, encuentra las huellas de un buen cristiano. Es necesario decirlo, entre aquellos falsos apóstoles que vinieron á cambiar su impostura y sus milagros por oro y dominación, se vieron, aunque en pequeño número por desgracia, hombres evangélicos y generosos. Entre estos campeones de la verdadera religion, el padre Sahagun es uno de aquellos cuya santidad ha sido mas resplandeciente.

Bernardino Riveira, de una familia respetable de España, estudió en Salamanca, y tomó el hábito de San Francisco, bajo el nombre de Bernardino de *Sahagun*, lugar de su nacimiento, en la provincia ó reino de Leon. Dotado de una fisonomía tan bella como su alma, y de maneras tan distinguidas como sus talentos, era un padre bastan-

te peligroso en España, en donde el saeo religioso no es mas que la capa del vicio y de las pasiones. Sea porque el celo lo arrojase de su país natal, sea porque su propia resolución lo decidiese á dejarlo, partió para México, en donde llegó con otros frailes en 1529.

Su corazón se interesó inmediatamente en la suerte de los pobres indios; y como era instruido, tuvo complacencia ocupándose en instruirlos. Para mejor conseguir su objeto, se dedicó con ardor al estudio de la lengua mexicana; la poseyó tan bien, que en pocos años quedó convertido á los ojos de los mismos sabios mexicanos, en el Dante, en el Pascal, en el Gesner, en el Johnson, en el modelo clásico, en fin, de la lengua del país. Los dos vástagos de las desgraciadas dinastías de México y de Tezcucuo, que hemos visto abrazar la religion católica, fueron á la vez sus amigos, sus maestros y sus discípulos.

Don Antonio de Mendoza, primero y uno de los mas distinguidos vireyes de México,

manifestaba una disposicion de alma igualmente benévola; el padre Sahagun le sugirió la idea de crear un colegio para la instruccion de los indios; y este colegio fué fabricado cerca del convento de Tlatelolco. Mas de cien jóvenes aborígenes se instruian allí, con el objeto de que cuando saliesen fuesen los instructores de las diferentes poblaciones á que pertenecian. El padre Sahagun era su mas celoso director, el mas hábil maestro. ¿Cuántos otros cuidados útiles á los pobres aborígenes, honrosos al nombre español les prodigó su infatigable adhesion? Pero ¡ó fatalidad! su conducta solo tenia por regla sus filantrópicas miras; la humanidad era el héroe de su corazon y de su pluma; nada hacia ni escribia, sino para ella, y su sistema de instruccion, esparcia ya oleadas de luz en las regiones conquistadas. La política y la avaricia se conjuraron contra él por esto mismo: se le atormentó de mil maneras, durante su vida y en su muerte, todos sus escritos desaparecieron; el colegio y mil otros monumentos de su piedad, fueron

destruidos como *impolíticos, imprudentes &c.* Nueva prueba, cónfesa, de que estos pueblos aborígenes no eran tan brutos como agradaba á los españoles llamarles; porque se ve que temian su fácil inteligencia. Así es que todos los que escaparon de la *diezma micidial* que la política repitió con tanta frecuencia, fueron memorablemente entregados á una ignorancia, y á un embrutecimiento, calculados para paralizar su desarrollo y su progreso.

La vida del padre Sahagun, fué siempre el mas amable y elocuente dechado de la fe y moral que predicaba: su muerte una verdadera calamidad pública para aquellos pobres indios, y un floron perdido para la corona y religion cristiana en México. Su cuerpo fué embalsamado por las lágrimas de sus piadosos neófitos, y su alma voló al cielo para eternizar allí sus eminentes virtudes. Este amigo de la humanidad habria sido canonizado, si hubiése servido á los soberanos de la tierra; pero era el apóstol de la piedad y de la moral del cielo, y no fué por conse-

cuencia, sino el elegido de Dios y de los hombres honrados. Sus restos son el mas precioso depósito de este convento de S. Francisco: son el objeto sublunar, mas digno de veneracion, que he encontrado en México, durante mi viaje mexicano. Yo creo que ha debido tomármese por un indio, porque se me ha visto con frecuencia arrodillado ante su tumba.... Tal es el imperio que tiene sobre las emociones de nuestra alma, un digno ministro de una religion pura.

Entre las excelentes obras con que habria enriquecido la historia de la literatura, se distinguia sobre todo la *traducción* en lengua mexicana, de las epístolas y evangelios dominicales, en forma de pláticas y de sermones, destinada á esparcir la luz cristiana entre un pueblo cuya suerte é instruccion moral, habia tomado tan á pechos. Dicese que está escrita en el mas puro y elegante *azteca*, que jamas se haya visto, y se pretende que el autor fué auxiliado en esta empresa, por los dos principes vástagos de las dinastías de México y de Teseuco, á quienes

tenia ya bien instruidos en la lengua castellana, como para procurarse dos hábiles é imponentes auxiliares, con el religioso fin que se habia propuesto. El mismo Torquemada, aunque perteneciente á una *religion política*, tiende á confirmar estas observaciones, cuando dice: *llegado* (Sahagun) á esta tierra, aprendió en breve la lengua mexicana, y supola tan bien, que ningun otro hasta hoy, se le ha igualado en alcanzar los secretos de ella, y ninguno tanto se ha ocupado en escribir en ella como él, porque, ademas de las obras, &c. &c. *Él escribió una muy elegante POSTILA SOBRE LAS EPÍSTOLAS Y EVANGELIOS DOMINICALES*, en la conversion de los SEÑORES PRINCIPALES de esta tierra (de México.) Torquemada, vol. 3 pág. 489. A la página 387, habia dicho ya que, sobre todos mas inquirió la profundidad de la lengua mexicana. Pero resulta por desgracia, en la misma página, que fué este padre en esto desgraciado, que de todo cuanto escribió, solo ha quedado un libro que intituló:

Psalmodias, el cual hizo para que los indios cantasen en sus bailes cosa de edificacion &c. Afortunadamente otra de sus obras escapó de esta salvage *conspiracion*, y es precisamente la *muy elegante POSTILA DE LAS EPISTOLAS Y EVANGELIOS DOMINICALES*: hé aquí mi hallazgo.

Este es un gran volumen, en folio de doscientas y cincuenta páginas, de una bella caligrafia, en papel de *maguey* ó ágave, de la mas rara belleza, que iguala en pulimento al pergamino y es superior en suavidad al papius de nuestra antigüedad. Que sea esta la elegante Postila &c., arriba mencionada, no cabe duda: testigo el papius que solo entónces podia encontrarse en tan grande cantidad y tan perfecto: testigo la fecha que allí se ve de 1532, testigo la inscripcion que aunque en gran parte desgarrada, deja ver todavía con claridad el nombre *Bernardino Sahagun*, en la fachada del carton; testigo una nota de que resulta, que el padre Don DIEGO DE CANIZARES, uno de

los compañeros y grande amigo de Sahagun, hacia tambien uso de esta Postila &c. Todos estos testimonios darian gran fuerza á la evidencia, si la evidencia tuviese necesidad de auxilios.

A este hallazgo se junta un episodio interesante para las almas generosas que, repito, son siempre sensibles á lo que se refiere en alguna manera, á las regeneraciones de los pueblos: esta es una coleccion de hojas de papius, que contienen una multitud de las lecciones progresivas que el escelente padre Sahagun, daba á sus primeros neófitos en el colegio de Santiago de Tlatelolco, para instruirlos en nuestro abecedario, y ponerlos de este modo en aptitud de escribir con caracteres latinos, su idioma que ántes solo se espresaba en los geroglíficos. Estas hojas de un papius mas comun, pero de un análisis mas fácil, en número de doce, encuadernados juntamente, formaban la cubierta del volumen, y hacen una de sus partes integrantes. Yo me limité á separar las unas de las otras, con el cuidado posible, á fin de

ofrecer en este aprendizaje, verdaderamente importante, un nuevo monumento histórico, de un país de que los sabios y curiosos no han adquirido, sino imperfectísimas nociones.

Que los neófitos reales, es decir, los hijos de Moctezuma y del rey de Tescuco, ayudaron al padre Sahagun, en la formación del manuscrito, es casi evidente atendiendo á las probabilidades que ofrecen espontáneamente.

Estos dos príncipes eran los únicos de las dos grandes familias del Anáhuac, que sobrevivían entonces á la funesta conquista. Los frailes debían mirar en ellos dos poderosos instrumentos, aptos para jugar útilmente los resortes del proselitismo; resortes entre los que la traducción del Evangelio, no era el ménos importante.

Era necesario que esta traducción fuera violenta: las bellas máximas de este sagrado libro, prestándose á la buena moral de todos los pueblos, cuando no son desfiguradas por la política, podían solas conducir apaciblemente á los mexicanos á la reconcilia-

ción sincera con sus *conquistadores*; sin este socorro, jamás habrían podido estos conseguir que se tuviese nuestro *Paraíso* como un incentivo, como un cebo de la fe que les predicaban: porque aquellas buenas gentes decían con mucha sencillez, que no querían ellos ir á un paraíso en donde había españoles, creyendo por un raciocinio bastante natural, deducido de cuánto habían sufrido, y sufrían aún que no podían encontrar, sino tormentos en donde estaban sus verdugos. En esta lógica hay una prueba mas de que su entendimiento no era tan *brutal* como ha querido creérsele.

Para festinar esta traducción en cuanto fuere posible, era necesario instruir cuánto antes en la lengua española á los mexicanos, mas versados en la suya. Es de presumirse que entre aquellos pueblos ignorantes, nadie podía ser mas instruido que los dos príncipes; y por estos auxiliares se daba también á la traducción mas autoridad y respeto. Tales consideraciones no debieron escaparse á la sagacidad, sabiduría y celo del

padre Sahagun. Todo me hace creer que los dos príncipes fueron sus colaboradores en esta obra regeneradora. (*)

En el sitio en que descubrí yo por mí mismo, en una biblioteca presidida únicamente por el polvo y por los *bibliotecarios del abate Casti*, se tiene por constante y se me aseguró en lo confidencial, cuanto acabo de decir sobre el autor del manuscrito y colaboradores de la traducción; mas yo he querido llevar la tradición por medio de argumentos, que me pusiesen á cubierto de la sospecha de *ciega credulidad*.—Réstame ahora observar en este manuscrito, lo que ofrece de interesante para la ciencia. No temáis, condesa, que yo emprenda una *dissertación*, esto no es propio de mi gusto.

Teméis quizá que yo haga de México lo

(*) Ya he hablado de este manuscrito en una carta de Nueva-York, (31 de Agosto de 1826) al director de la *Revista Enciclopédica*, quien de su propia opinion la imprimió, vol. 32 pág. 611.

que han hecho de la Italia los *Maffei*, los *Marzocchi*, los *Bardetti*, los *Micali* &c: todos los traspapelaron y confundieron, tan solo para saber de qué *huevo* salieron nuestros primeros padres. Me escriben de Florencia que este último continúa sus *inquisiciones*, aún en *Suiza*, para regalar á la *república literaria*, tres ó cuatro nuevos volúmenes de *palabras conjeturales*. Se esfuerzan en enseñarnos *lo que éramos*. Si preguntasen á los austriacos *lo que somos*, les responderian: *Tudescos*. ¡Pero por qué no nos dicen mas bien lo que deberíamos ser!

Cuando quiere hablarse de *origen*, nos parece quizá que van á caer sobre nosotros las inmensas glosas del padre Tomassin, para probar que todo el mundo es judío. Es cierto que no habia necesidad de cansarnos con tantos volúmenes *in folio*, bastaba con decirnos que Noé era judío, y sus hijos *comerciantes*, para encerrar en una sola línea toda la verbosidad de ese farrago espantoso. No, condesa, quiero solamente notar con Leibnitz, Vico y otros, para concluir, que los

idiomas son los únicos monumentos seguros de la historia moral y civil de los pueblos primitivos; que por consecuencia en la lengua de los mexicanos sobre todo, pueden los filósofos encontrar una guía que los lleve á conocer, ó al ménos á conjeturar su origen y sus emigraciones. Del origen de los mexicanos saldrian quizá inducciones plausibles sobre el de los otros pueblos americanos.

La palabra distingue al hombre entre los animales, el lenguaje distingue á las naciones entre sí mismas. No se conoce de dónde es un hombre, sino despues que ha hablado. De este gran principio filosófico, en que, gracias al cielo, nada tiene que ver la metafísica, se deduce necesariamente el corolario que los caracteres, que representan este lenguaje á la posteridad, son la única guía que pueda remontarnos al origen del pueblo á que pertenecen. Se engañan mucho, segun creo, los que piensan que los geroglíficos eran los representantes de algunos idiomas. Esta clase de caracteres supone alguna sociedad; y ellos no son mas que unos signos represen-

tativos de la segunda lengua de esta sociedad, la lengua del misterio, es decir, de las pasiones y la política. Además, aquellos caracteres secundarios, jamas podrian guiar al origen de un pueblo por la comparacion, confrontándolos con los de otros pueblos, ¿los sistemas geroglíficos no varian en los diferentes países? Hé aquí la causa de que los que intenten esplicar los geroglíficos mexicanos por los de los egipcios, caerán en grandes errores: los geroglíficos mexicanos hablan directamente por la representacion de los objetos mismos que conciernen á su asunto, y los egipcios se espresan indirectamente por figuras alegóricas.

De aquí nace otra reflexion, y es que la *pintura de los objetos parlantes*, como la mas clara, era la escritura principal ó única de los mexicanos, la que conviene mejor á un pueblo bárbaro, y que la *pintura de figuras alegóricas*, como muy obscura, no puede ser sino una escritura accesoria de un pueblo civilizado que ya tiene otra, pero muy comun para basar en ella un sistema de misterios,

objeto esclusivo del privilegio de los sacerdotes, tales como los misterios de los egipcios.

Concluyámos por tanto, que por la comparacion de las lenguas y no de los signos, es mas fácil llegar á descubrir el origen de un pueblo. Comparando el Cophto con el Siriaco, el Griego con el Fenicio, &c. se ha juzgado que el uno venia del otro; comparando la lengua de mi manuscrito con las lenguas orientales ú otras, se lograria quizá sacar alguna luz sobre el origen de los mexicanos. Esta ocupacion es tanto mas fácil, cuanto que las epístolas y evangelios, tienen todos la antífona ó el título en *latín*: de esta manera se puede comparar mejor el evangelio y cada epístola, con los ya traducidos por las sociedades evangélicas, bíblicas, &c. en diferentes lenguas orientales.

Las reflexiones que tengo el honor de someter á vuestra censura en esta carta sobre la historia y la lengua de los antiguos mexicanos ó aztecas, no son sino superficiales. Ojalá y produzcan otras verdaderamente

profundas, muy dichoso me consideraré por haber abierto por medio de ellas, un nuevo campo de ciencia y de literatura á vos, condesa, á vuestros amigos y á la sociedad. Os saludo.

